

VII Centenario de Alfonso X El Sabio



Por FERNANDO PARIENTE

Su obra: las Escuelas de Traductores

Alfonso apostó por la cultura

Su recuerdo es hoy un reto

Iniciador de nuevos caminos

CELEBRAMOS este año de 1984 el centenario de Don Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León. Esta celebración tiene un carácter especialmente académico y escolar, que proviene de la importancia que la figura del Rey Sabio adquiere en el campo de la cultura. Su relevancia política o su prestigio en el terreno de lo que podríamos llamar específicamente histórico es bastante menor y, por eso muy probablemente, no merezca los honores de un centenario celebrado a toda gloria y boato. Pero el Rey Alfonso fue un Rey Sabio y esa característica le ha elevado al rango de figura universal a quien es necesario rendir homenaje desde las aulas escolares y desde cualquier publicación didáctica.

Su obra: las Escuelas de Traductores

NO cabe duda de que su tarea como impulsor y defensor en el siglo XIII de las Escuelas de Traductores que enriquecieron desde Castilla a toda la cultura de la Europa Occidental le pone en estrecha relación con el mundo de la didáctica y del aprendizaje. Difundir conocimientos es una de las tareas del pedagogo y las Escuelas de Traductores difundieron la ciencia griega, árabe y judía por todo el mundo medieval. Gracias a él no sólo los saberes de la filosofía, que interesaban en el ámbito eclesiástico como fundamento básico de la teología, sino también otros saberes más laicos, como la astronomía y las matemáticas, la mineralogía, la jurisprudencia y la historia comenzaron a desarrollarse en aquel siglo que había visto nacer las que serían grandes Universidades de Oxford, París, Cambridge, Salamanca, Bolonia, etc. La recuperación del conocimiento antiguo nutrió de materia prima a todos aquellos incipientes centros de investigación y aprendizaje que representan el nacimiento de toda una cultura científica occidental a la que todavía hoy pertenecemos.

Alfonso apostó por la cultura

ES muy probable que todas esas cosas no se las debamos a Don Alfonso X el Sabio en exclusiva; como pasa con frecuencia en la historia, una figura simbólica concentró las realizaciones de colectividades anónimas y de otras figuras individuales que han brillado menos. Pero lo cierto es que el hijo de Fernando III el Santo, un rey conquistador, acertó a establecer en su reinado una serie de prioridades personales que facilitaron su dedicación al campo de la cultura aun en medio de enormes problemas políticos y militares. Su reinado no fue, desde luego, una época tranqui-

la y estable que facilitase el vagar del monarca y su dedicación a aficiones privadas. Fue, por el contrario, un tiempo de inestabilidad política, de confrontaciones gravísimas entre el poder real y la nobleza; la propia ambición fracasada de Alfonso de convertirse en Emperador del Sacro Imperio contribuyó aún más a aumentar las tensiones y las luchas internas. Por si esto fuera poco, una nueva invasión africana puso en peligro la subsistencia del reino y la muerte del hijo primogénito del rey provocó, además, el estallido de una guerra civil a causa de los derechos de sucesión. En suma, Alfonso se encontró en un ambiente nada favorable para el desarrollo de sus aficiones intelectuales.

Pese a todo, se les arregló para dedicar lo mejor de su tiempo a la magna obra de publicar aquellas traducciones que se hacían en las Escuelas de Traductores, sobre todo en la de Sevilla, que él personalmente dirigió, y fue precisamente por eso por lo que la historia le concedió el sobrenombre de «el Sabio» y le otorgó un lugar privilegiado entre los hombres que merecieron los honores del recuerdo en su siglo. En él parecen cumplirse cabalmente aquellos versículos del Libro de la Sabiduría que dicen: «Así que si os gustan los tronos y los cetros, soberanos de las naciones, respetad la sabiduría y reinaréis eternamente» (Sabiduría 6, 21-22).

O aquellos otros:

*«Por eso supliqué y se me concedió la prudencia;
invoqué y vino a mí el espíritu de la sabiduría.
La preferí a cetros y tronos,
y en su comparación tuve en nada la riqueza;
no la equiparé a la piedra más preciosa,
porque todo el oro a su lado es un poco de arena,
y junto a ella, la plata vale lo que el barro;
la quise más que a la salud y la belleza
y me propuse tenerla por luz,
porque su resplandor no tiene ocaso.»*

(Sabiduría 7, 7-11)

Su recuerdo es hoy un reto

RECORDAR hoy al Rey Sabio tiene en mi opinión ese valor principal, el de evocar a quien antepuso los valores culturales a cualesquiera otros. Vivimos un mundo demasiado sometido a la tentación de la actividad y del desarrollo consumista, muy poco atento a la pausada reflexión de un trabajo intelectual serio y a los valores profundos de la cultura. Impulsada por los vientos de ese espíritu la propia escuela, a todos los niveles, deriva por caminos que llevan más a la erudición, el memorismo o a la estrecha y prematura especialización que al verdadero aprendizaje, la investigación y la ciencia. La verdadera sabiduría está hecha más de interés por el conocimiento que de utilitarismo. Sin embargo la tendencia actual parece llevarnos a aprender solamente aquellas cosas que necesitamos para algo o podemos utilizar con inmediatez. La opción tomada en su tiempo por Alfonso X es

también un reto para todos nosotros hoy... Un reto para el Estado que ha de elegir entre conceder a la educación y la cultura una prevalencia inequívoca, aun envuelto en la vorágine de otros problemas acuciantes, o no. Un reto para la sociedad que concede hasta ahora su deferencia a otros valores, quizá importantes pero menos trascendentes. Un reto para la escuela entregada a métodos ya caducos y demasiado magistrales. Un reto para los alumnos, empeñados en una tarea de aprendizaje cuanto más rápido mejor, en vez de gozarse en la adquisición reposada y profunda de un verdadero conocimiento.

Iniciador de nuevos caminos

HAY otros aspectos de su obra que fueron también importantes para la actividad docente. Por ejemplo, la organización del trabajo y el espíritu de equipo. Ya es de todos sabido que las publicaciones reales no fueron obras originales de Alfonso. En realidad él sólo era la cabeza visible de todo un grupo de personas que trabajaban juntas. El rey preparaba o corregía la redacción final, pero la obra era el resultado de la participación de muchos.

También a él se debe la decisión de utilizar el castellano para la publicación de esta obra en lugar de hacer una nueva versión al latín, tal y como se hacía con las obras de filosofía. El latín era la lengua culta de la época; todas las obras escritas lo estaban en latín; el romance sólo había alcanzado un uso familiar y coloquial. El rey sabio decidió, en contra del criterio de los eruditos de la época, convertir al castellano en lengua culta, apta también para la ciencia y suprimió el último paso del proceso que se seguía en las Escuelas de Traductores, el de pasar las obras desde el romance al latín. Se iniciaba así un camino también importante para la cultura occidental; el de laicización de la ciencia, reducida desde las invasiones de los pueblos germánicos al ámbito de los círculos monacales y eclesiásticos.

Desgraciadamente para nuestro país, no siempre la historia nos trajo estos vientos de apertura cultural y de renovación intelectual. Todavía estamos en período de recuperación de tiempo lamentablemente perdido, por eso no podemos perder de vista que la opción por la educación y la cultura nos exigirá enormes esfuerzos sólo posibles gracias a decisiones firmes irrevocables.